Revista de Beneficencia Pública

PUBLICACIÓN TRIMESTRAL

REDACTORES

ISMAEL VALDÉS VALDÉS
Miembro del Consejo Superior de Beneficencia Pública. Director del Hospital de Niños "M. Arriarán", Santiago

ALEJANDRO DEL RIO
Director de la Asistencia Pública, Santiago

y GERMÁN GREVE
Subdirector de la Asistencia Pública, Santiago
y Director de esta Revista

SUMARIO

PÁGS.

OSCAR OYANADER. Las nuevas Maternidades 1
DANIEL GARCIA GUERRERO. El Pensionado «Carlos Van Buren» del Hospital de San Juan de Dios de Valparaíso 15
OSVALDO DONOSO BASCUÑÁN. La Oficina Central de Compras de la Junta de Beneficencia de Santiago en el año 1923 25
LUIS CALVO MACKENNA. El Instituto para Nurses «Jubileo de la Reina Victoria» 45
Revista Extranjera: JOHN G. BOWMANN. Algunos principios de la normalización del Hospital 49
Revista Nacional: G. MORAGA FUENZALIDA. El niño y su protección en Alemania 54
ARTURO BAEZA GOÑI. Mortalidad infantil. La falta de cultura de la madre chilena como causa predominante 57
Corporaciones de Beneficencia: Consejo Superior de Beneficencia Pública: 103ª y 104ª sesión en 1.º y 22 de Diciembre de 1923, respectivamente 60
Cuarto Congreso Panamericano del Niño: Santiago, 12-19 de Octubre de 1924. Comisión Organizadora, Reglamento, Temas 67
Legislación y Jurisprudencia: Estatuto Orgánico de la Cruz Roja Chilena 73
Miscelánea: Se establece en España el seguro de la Maternidad 88
Nuevos sistemas de seguros sociales internacionales 88
Un conceptuoso discurso 89
Los médicos pueden vacunar y revacunar legalmente 90
Crónica: 91
Revista de Beneficencia Pública. Balance correspondiente al año de 1923 102

Tomo VIII **Santiago, Marzo de 1924** **Núm. 1**

Mortalidad infantil.—La falta de cultura de la madre chilena como causa predominante

POR EL

Doctor ARTURO BAEZA GOÑI

(*El Mercurio*, 23 de Marzo de 1924)

Ro ANF, una de nuestras damas que con más interés y más elevado espíritu ha tomado sobre sí la labor de dignificar el verdadero feminismo, aquel que, llevado sinceramente a la práctica, traerá con seguridad casi matemática el mayor perfeccionamiento de nuestra raza, joven, pero tan poco cultivada, considera el «desinterés de la madre del pueblo por la vida de sus hijos», como una de las mayores causas de nuestra horrible mortalidad infantil.

He querido, por mi parte, allegar mi grano de arena en esta materia, cuya realidad, los médicos que ocupamos la mayor parte de nuestro tiempo en atender los niños de nuestro pueblo ya en Policlínicos o en Gotas de Leche, podemos constatar día a día.

En la clientela de policlínica es donde se observa más claramente el daño inmenso que produce la falta de educación de las madres en la crianza y atención de sus hijos. No tienen las pobres mujeres otra experiencia que la que les proporcionan otras personas tanto o más ignorantes que ellas; son víctimas de mil prejuicios, a cual de todos más absurdo y sobre todo más dañino; sin ir más lejos, su leche, el alimento ideal para sus hi-

jos, el que los preserva por sí solo de las enfermedades más mortíferas, ¡cuántos errores no se les inculca en su contra!

Los regímenes más disparatados son, según ellas, los mejores; así, unas han criado todos sus hijos, (la fuerza de la costumbre las hace olvidar, desde luego, cuántos han sido y cuantos los que se han muerto) con «puro alimento de tarro», otros se han criado con «comida» desde los primeros meses; en seguida, cuando el niño ya se ha enfermedado gracias a estos brillantes consejos, es a nosotros a quienes toca comprobar los estupendos efectos de la farmacopea popular, los remedios para el «empacho», generalmente el azarcón, causa de colitis y nefritis; las plumas quemadas de gallinas, productoras del terrible tétanos del recién nacido y, especialmente, recomendadas por «meicas» y comadres como el mejor tópico para consegur una perfecta cicatrización de la herida umbilical; el jarabe de amapolas que a veces trae el sueño eterno de los infelices «angelitos» que lloran por hambre o mala alimentación.

Por último, llegamos a los boticarios (no me refiero a los farmacéuticos titulados): éstos han enviado al cementerio más niños que muchas epidemias. Hemos podido comprobar innumerables veces las barbaridades que cometen estos individuos cuya conciencia no se sabe dónde reside. Porque una vez han mejorado una «diarrea», gracias a un régimen acertado por casualidad y a la inocuidad de la receta, se creen ellos, y las pobres madres inconscientemente agradecidas les dan fama, «muy acertados para los niños». Nos hemos preguntado a menudo; ¡para qué se hizo el Código Sanitario! ¿por qué, siendo éste bien concebido, permite semeantes atentados?

Y, sin embargo, al lado de este cuadro desconsolador existen los casos de curaciones de niños como los que refiere Roxane en las clases acomodadas, debidas exclusivamente a la atención materna, a que la madre se ha penetrado de las indicaciones del médico especialista y ha logrado vencer con la ciencia y su inmenso cariño, el grave mal que aquejaba a su hijo. Estas madres son cada vez más numerosas y reconfortan al médico, animándolo en su ardua tarea.

Este solo hecho nos hace ver la profunda injusticia que se comete al culpar solamente a la madre de la muerte de sus hijos. ¿Qué hará ella, si al lado del charlatán inconsciente, de la comadre ignorante, no tiene, porque nadie se la ha inculcado, una sola idea razonable sobre la debida atención de su hijo?

Cualquiera mujer de nuestro pueblo, aun la más infeliz, es perfectamente apta para aprovechar el buen consejo que se le da. Así vemos a diario y con sorpresa la facilidad con que ponen en práctica complicado sistemas de tratamiento y cómo comprenden regímenes alimenticios de difícil preparación. Su interés queda comprobado por las grandes distancias que recorren diariamente, a veces durante semanas y meses, para acudir a los diferentes policlínicos en busca de la salud de sus desgraciados hijos.

Poseen todas las cualidades para hacer de ellas verdaderas madres, sólo les falta ilustración. ¡Ah! si se les enseñara, si a cada niña del pueblo se le proporcionara desde la escuela, a los 15 años, un mínimum de conocimientos prácticos de puericultura, si estos pocos conocimientos se completaran más tarde por medio de conferencias, ya reuniéndolas en centros obreros femeninos, ya por medio de falanges de enfermeras, visitadoras a domicilio especializadas en la atención de la infancia, ¡cuán distinta sería nuestra mortalidad!

El problema es demasiado vasto y tiene sus muy profundas raíces en nuestra organización social para que sea de solución rápida y sencilla. A nosotros nos incumbe el deber de organizarlas; el esfuerzo, aislado de nada sirve; la simple asociación caritativa muchas veces perjudica. Necesitamos una fórmula netamente científica para ir lenta, pero seguramente, a su solución definitiva y en el trascurso de largos años de trabajo esforzado y consciente.

Por esto creemos que cuanto se haga por crear sobre sólidos cimientos, *el organismo oficial que centralice* todas las obras que se dedican a la Protección de la Infancia, es dar comienzo a la gigantesca labor que nos colocará muy alto al nivel de los demás países civilizados, pues nuestra gran natalidad asegura el éxito.

En este organismo central, ya sea la Oficina del Niño, como existe en casi todos los países, o nuestro Patronato de la Infancia, la obra admirable por excelencia, se elaboraría un programa definitivo de protección a la infancia, científico y razonado, que seguramente obtendrá el apoyo, no sólo de los poderes públicos, casi siempre exhaustos, sino de los más directamente interesados en el aumento de nuestra población industrial y productora. Son, sin duda, los grandes industriales los que más pueden y deben ayudar a proteger a la madre obrera, para que ella a su vez les proporcione hijos sanos y robustos que, al lado de deberles su crianza y educación, necesariamente les darán despues mucho mayor rendimiento por sus condiciones físicas apropiadas.

Trabajemos con constancia, convencidos del éxito, y con el decisivo apoyo de la prensa, iniciemos *una gran cruzada de propaganda* para dar a conocer primeramente nuestra vergüenza pública, obligando así a que se produzca la reacción inevitable en un pueblo dotado de admirables cualidades, que sólo necesitan del estímulo para ser conocidas y aprovechadas. Que todos aquellos que pueden hacer algo provechoso para resolver este problema, unan sus esfuerzos y voluntades para que la solución sea definitiva, antes de que el daño se haga irremediable.